

Arte mueble de la cueva del Rascaño (Santander): campaña 1974

por Ignacio Barandiarán Maestu y Joaquín González Echegaray, Santander

con Láms. IX–XI

En 1974 se ha efectuado una nueva campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva del Rascaño. En esta nota se exponen dos interesantes muestras del arte mueble: aunque encontradas en zonas revueltas por quienes excavaron anteriormente en el yacimiento, su tipología particular permite catalogarlas dentro del Magdaleniense.

La cueva del Rascaño se encuentra en el estrecho valle del Miera, en la orilla derecha del río, frente al pueblo de Mirones (ayuntamiento de Miera) en la provincia de Santander: a unos 32 km. al Este de esta ciudad. Se trata, pues, de un yacimiento situado en zona de alta concentración del habitat del Paleolítico superior, en un valle encajonado por fuertes pendientes calizas. En sus proximidades, y en el mismo valle del río Miera, se localizan las cuevas con yacimiento del Piélagos (aguas abajo) y del Salitre, aguas arriba (con restos de arte parietal paleolítico).

En cuatro ocasiones diferentes se han efectuado investigaciones de campo en Rascaño. En 1912 fue descubierto su yacimiento y prospectado inmediatamente por J. Carballo, con subvención del Museo Nacional de Ciencias Naturales (Madrid): la colección de piezas magdalenienses (arpones de una y de dos hileras de dientes, alguno de base perforada) y azilienses ingresaron en dicho Museo. El mismo año 1912 tuvo lugar otra campaña de excavación, por J. R. Gómez Riaño y L. Sierra: los objetos recuperados pasaron a la colección privada del Colegio de San Vicente de Paul, de Limpias (Santander), y fueron posteriormente extraviados.

En 1921 H. Obermaier – con la colaboración temporal del Conde de la Vega del Sella – dirigió en Rascaño una más amplia campaña de investigación: la colección reunida, que pasó al Palacio de Liria (Madrid) de los Duques de Alba, está actualmente perdida.

Por fin, en el verano de 1974 (1 de agosto a 14 de setiembre) se ha efectuado una campaña de excavaciones bajo la dirección conjunta de J. González Echegaray y de I. Barandiarán Maestu, con un nutrido grupo de postgraduados y alumnos de las Universidades de Zaragoza, Pamplona y Chicago. Los materiales – depositados en el Museo de Prehistoria de Santander – están siendo actualmente estudiados y se prepara su extensa monografía. Uno de nosotros (González Echegaray 1977) ha presentado al « Colloque International sur les Temps du Tardiglaciaire en Europe » (Bordeaux 1977) una nota informativa sobre la estratigrafía y valoración cultural del Rascaño.

1. Las etapas de la ocupación paleolítica de la cueva del Rascaño.

Las referencias escritas publicadas hasta ahora sobre el yacimiento son escasas, y se reducen a dar cuenta sucinta de los niveles de ocupación apreciados o a exponer más extensamente algunas notables muestras del arte mobiliario del yacimiento (así: Obermaier 1923, Carballo 1924, Obermaier 1925: 173, Barandiarán 1973: 204–206).

H. Obermaier (1923: 9–10) describió elementalmente la estratigrafía detectada en Rascaño:

- « una capa inferior al Magdaleniense.—con indicios del Solutrense »
- dos niveles del « Magdaleniense superior »

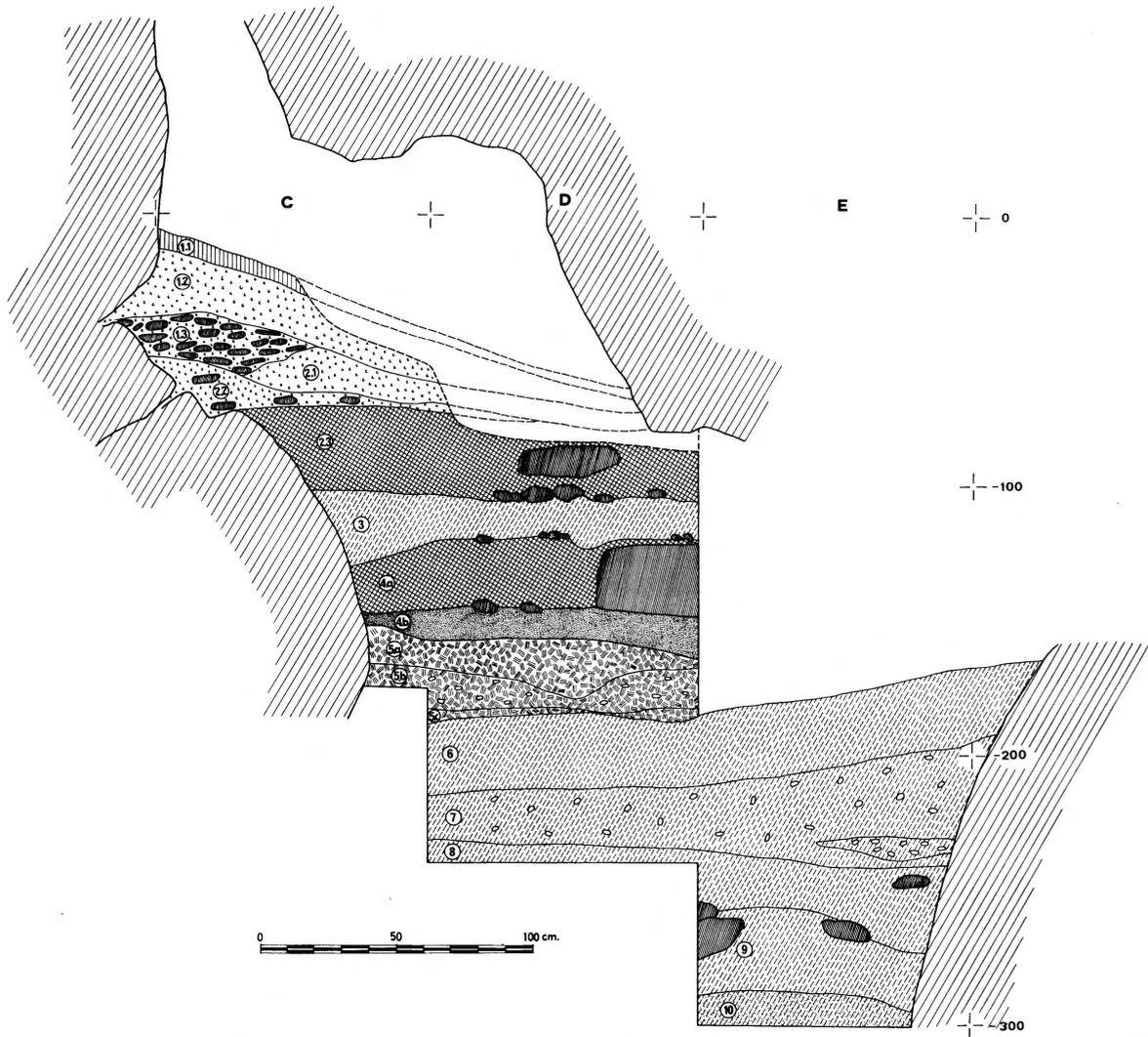


Fig. 1. Rascaño 1974. Corte estratigráfico ensamblado por las divisorias de las bandas VI-VII (parte inferior) y IX-X (parte superior).

- el más antiguo, con « arpones de una sola hilera de dientes y punzones, en su mayoría más largos y cuadrados »
- el reciente « con arpones de dos hileras de dientes y punzones cortos redondos »
- un estrato superficial con restos del Aziliense.

J. Carballo, J. R. Gómez Riaño, L. Sierra y H. Obermaier excavaron la parte de boca y vestíbulo de la cueva, donde se encontraba el mayor espesor de su estratigrafía. La zona que nosotros preferentemente hemos excavado se halla en el fondo de ese vestíbulo, en el estrechamiento que da acceso al interior de la caverna. Aquí los niveles superiores (del Aziliense y del Magdaleniense superior) estaban más pobremente representados que en áreas más exteriores de la cueva, pero en cambio era perceptible una serie muy clara y completa de estratos en que se evidenciaron todos los estadios del Magdaleniense cantábrico: la valoración particular de los materiales de los niveles del Magdaleniense antiguo y medio se verá en P. Utrilla 1976, y la noticia de conjunto en González Echegaray 1977.

La estratigrafía del yacimiento tal como la hemos podido detectar en 1974 es la siguiente (figura 1):

- nivel 1 – De espesor y contextura muy desigual. Con escasa industria, se atribuye al Aziliense. En él hemos distinguido en algunas zonas hasta tres substratos: 1.1, 1.2 y 1.3.
- nivel 2 – Limo negruzco con restos de carbón y piedras. Se subdivide en tres substratos: 2.1 que corresponde al Magdaleniense final; 2.2 que es estéril; 2.3 que corresponde al Magdaleniense superior.
- nivel 3 – Limo arenoso claro. Magdaleniense medio.
- nivel 4 – Limo negruzco en cuya base hay un gran depósito de huesos, en parte ya brechificado. Magdaleniense antiguo cantábrico (correspondiente aproximadamente al III de la clasificación de H. Breuil).
- nivel 5 – Limo algo más claro que el anterior. Magdaleniense antiguo cantábrico (fase muy arcaica).
- nivel 6 – Arcilla clara con escasos restos óseos y líticos. De imposible calificación cultural.
- nivel 7 – Limo arcilloso algo más oscuro, con algunos restos óseos y líticos.
- nivel 8 – Arcillas, con escasos restos.
- nivel 9 – Arcillas, con algunos restos de fauna y de industria, muy escasa, sobre todo en cuarcita. ¿Auriñaciense?

La valoración detenida del yacimiento del Rascaño se está preparando actualmente por los directores de la excavación de 1974, con la colaboración especializada de Arl. Leroi-Gourhan (palinología), J. Altuna (paleontología mamíferos), B. Madariaga (malacología).

Por las características del yacimiento, su ubicación topográfica y los datos aportados por su industria y fauna, parece probable afirmar que el Rascaño constituyó un campamento estacional, en la montaña, de cazadores sobre todo especializados en la captura de cabras salvajes en la estación benigna. Cabe pensar que el reducido grupo que habitaba en la cueva tendría su vivienda permanente en otro lugar más cercano a la costa. Sorprende, en general, la escasez de lascas brutas y material de desecho en relación con la abundancia de utensilios: lo que presume que éstos en su mayoría venían ya fabricados de antemano y no se manufacturaban en Rascaño.

El enorme almacenamiento de huesos, especialmente en el nivel 4, algunos de ellos aún en su natural conexión anatómica, puede indicar una etapa de caza intensiva con el fin no tanto de subvenir a las necesidades del pequeño grupo, cuanto de realizar un acopio de alimentos para su ulterior traslado al campo de base. Por otra parte, hay numerosos testimonios de un trabajo bruto elemental sobre el asta de ciervo: se preparan tramos cilíndricos, por desmogue, y a veces se les hacen incisiones profundas longitudinales de las que se obtendrán varillas. Ello también avalaría la suposición de que en Rascaño esas materias primas (astas del *Cervus elaphus*) eran reunidas y almacenadas, sometiéndolas a una preparación elemental antes de su elaboración definitiva que sin duda se llevaría a cabo en otro lugar: exactamente en el campamento base a que nos referimos. En este orden de cosas, Rascaño junto al Piélagos (yacimiento aún no publicado in extenso) y Salitre (donde en el verano 1977 se empezará una excavación sistemática) constituirían, muy próximas en las orillas del río Miera, evidencias seguras de una zona amplia de explotación por el hombre de fines del Paleolítico superior.

La importancia de la cueva del Rascaño no sólo reside en sus condicionamientos de carácter ecológico sino también — como se indicó — en su estratigrafía que, por primera vez en una cueva excavada modernamente, presenta la secuencia completa del Magdaleniense cantábrico (en la clasificación de H. Breuil: III, IV, V y VI) y su paso al Aziliense.

Muy interesantes piezas de arte mueble habían sido recogidas en Rascaño en las excavaciones anteriores (Obermaier 1923, Barandiarán 1973: 204–206). En nuestra campaña de 1974, y cuando se procedía a la limpieza de las tierras removidas por los excavadores anteriores, hallamos dos objetos cuya presentación hacemos a continuación. Aunque carentes en Rascaño de un seguro contexto estratigráfico, sus aspectos formales y decorativos permiten — por comparación a lo apreciado en piezas similares del Paleolítico cantábrico — precisar su cronología.

2. Omoplato con grabado de un animal

Es el objeto siglado como Ra. VIII B. r. 1; se encontró al cribar masas de tierras sueltas que, removidas por los anteriores excavadores, cubrían la estratigrafía de Rascaño aún intacta.

La pieza estaba parcialmente cubierta por una fina película de calcita. Es un omoplato de cabra incompleto: una vieja rotura (ya patinada en el mismo tono ocre oscuro del cortex del resto de la pieza) ha eliminado la parte distal de la placa del omoplato. Mide de extremo a extremo 102 milímetros. Véanse an lám. IX, figura 2 su fotografía ligeramente ampliada y el calco del tema grabado, a tamaño natural.

En la mitad distal conserva parte de un tema animal grabado. Se trata de un cuerpo macizo en el que se han señalado el contorno del cuerpo (espalda, cuarto trasero, vientre) y algunos detalles de su relleno (las dos patas traseras, una masa de trazo estriado en el bajo vientre, un par de líneas que recorren su flanco longitudinalmen-

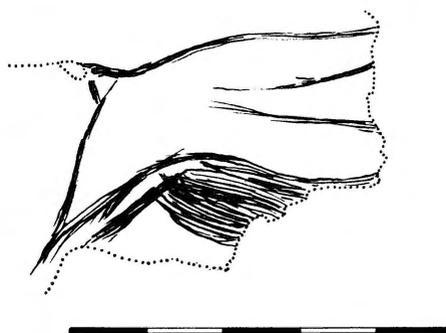


Fig. 2. Calco directo de la figura anterior: a su tamaño.

te). Aunque, por rotura, carezca de su parte anterior, no existe demasiada dificultad en clasificar esta figura como de un bisonte. Sus formas generales se corresponden exactamente con las habituales en la representación tanto parietal como mueble del arte paleolítico, de ese animal. Su rabo (incompleto por degradación del cortex óseo en que se grabó) muestra el aspecto corto y se delineación hacia arriba que suele ofrecer a menudo en ese antiguo arte prehistórico.

Desde un punto de vista técnico, la figura fue grabada con un instrumento de punta fina: probablemente un buril. El grabado, que se ha repasado en todo el contorno, se acumula en haces de estrías en la zona del bajo vientre del bisonte. Es ésta una forma técnica que ya fue observada por H. Breuil en sus primeras grandes clasificaciones del arte paleolítico, pensando que habría de corresponder a la segunda fase de su ordenación: « existe la preocupación a menudo de rellenar los cuerpos mediante estrías que indican el pelaje o (en el caso de pinturas) mediante líneas que delimitan las zonas diversamente coloreadas; las partes muy peludas suelen ser corrientemente indicadas mediante haces de líneas muy juntas (así el testuz del bisonte, las crines o la cola del caballo) » (Breuil 1906: 368). En este orden de cosas algunas figuras parietales de Altamira y Castillo se clasificaron a fines de la II fase de la cronología propuesta por Breuil (Alcalde-Breuil-Sierra 1912: 203–217). El mismo H. Breuil habría de indicar desde sus primeras publicaciones (Cartailhac-Breuil 1906: 274) el paralelismo existente en esta forma de relleno por trazos múltiples entre figuras del arte parietal de Altamira y Castillo y del arte mueble de las mismas cuevas: apreciación que ha sido acogida y repetida de modo unánime (así Breuil-Obermaier 1935; Breuil 1952: 71, 352, 371; Graziosi 1960: 68; Laming-Emperaire 1962: 46).

Todos los sistemas de cronología y periodificación del arte cuaternario coinciden en el carácter de avanzado de las representaciones animales con convenciones de relleno de sus cuerpos. Así Leroi-Gourhan (1965: 69) incluye los grabados de cérvidos de placas de hueso de Altamira y Castillo dentro de su estilo III (que, cronológicamente, tendría su desarrollo en los clásicos Solutrense evolucionado y Magdaleniense I y II). Los especialistas españoles (Ripoll 1964, Jordá 1956, 1964a, 1964b) han señalado acertadamente en esa técnica de sombreado o

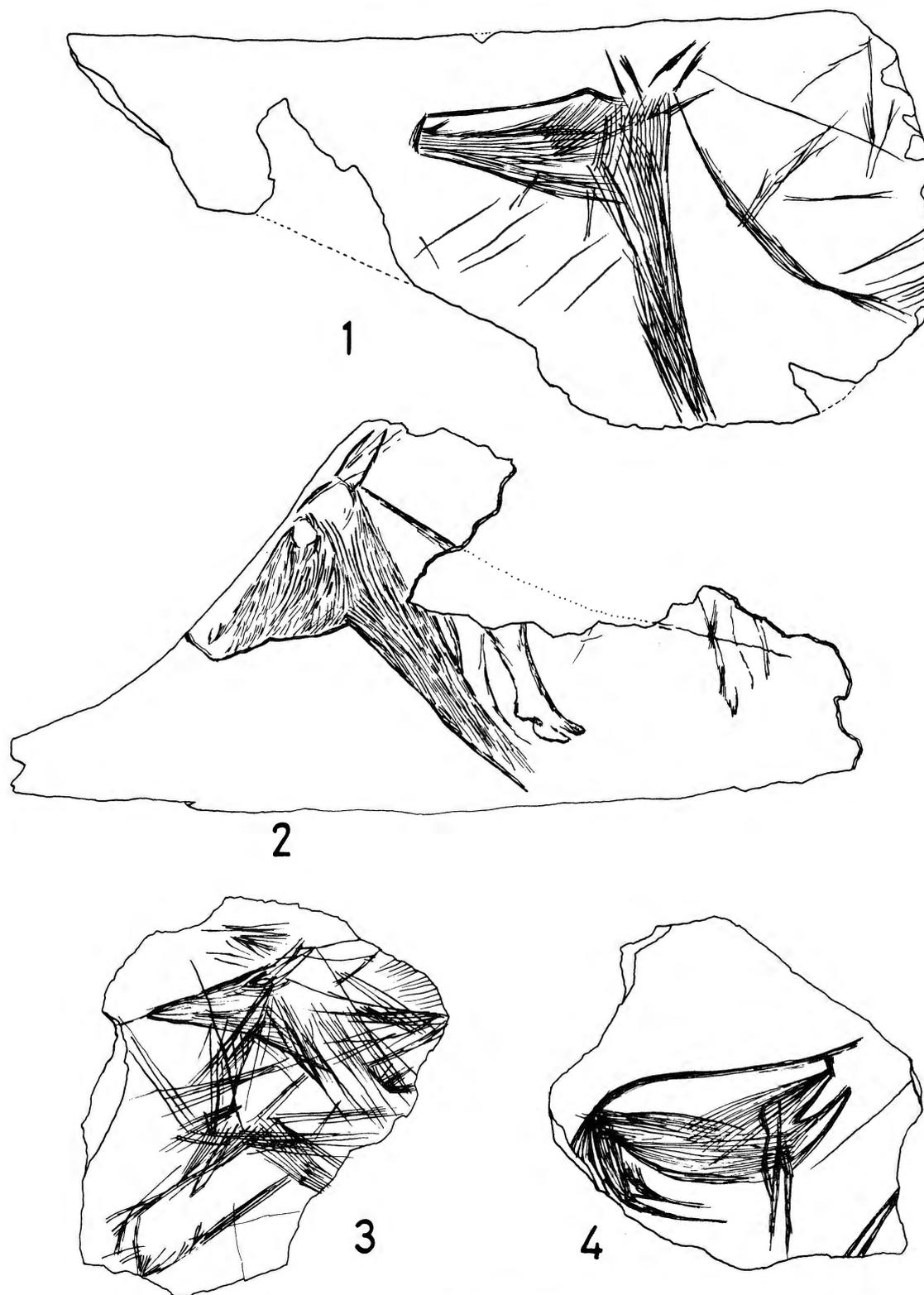


Fig. 3. Placas de hueso- omoplatos- con ciervas grabadas, del Solutrense final de Altamira. Todas ellas poseen similar tipo de sombreado, por líneas grabadas en haces, en la parte inferior de la cara y del pecho. (n° 2 según Cartailhac-Breuil 1906; el resto según I. Barandiarán 1973).

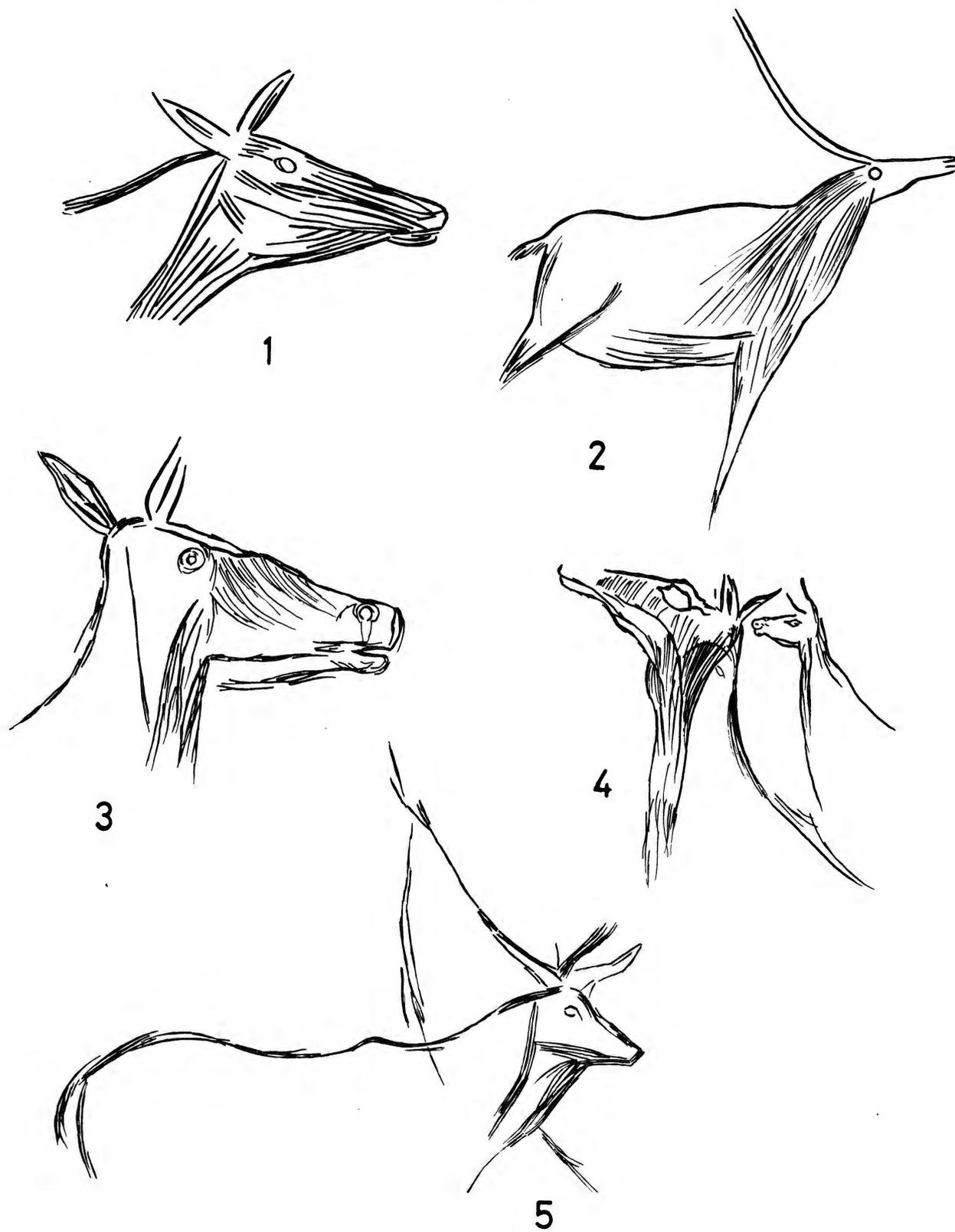


Fig. 4. Representaciones grabadas en las paredes de las cuevas de Altamira (ciervas: 1, 3, 4), El Castillo (ciervo: 2) y Alkerdi (ciervo: 5), con trazos de relleno parcial interior. (según Breuil-Obermaier 1935, n° 1, 3, 4; Alcalde del Río-Breuil-Sierra 1912, n° 2; I. Barandiarán 1974, n° 5).

de claroscuro, tal como la del omoplato de Rascaño, una cronología bien segura en el ciclo « Solútreo-Magdalenense inferior ». Según la correcta definición de F. Jordá (1964a:12) se trata de « dibujos realizados al buril, en los que se tiende a rellenar ciertas partes del interior de la figura con una serie de líneas que unas veces forman masas de rayados paralelos y otras se agrupan en haces apiramidados. Mediante tal procedimiento se logra producir el efecto de masa y corporeidad, con lo cual nos encontramos ante una nueva técnica, de tendencia pictoricista . . . Se halla bien documentada en Altamira, con los hallazgos de su nivel Solutrense superior, consistentes en fragmentos de omoplatos de cérvidos, que ofrecen representaciones de ciervas . . . el dibujo de grabado estriado o de claroscuro pertenece netamente al Solutrense, siendo posible su proyección en etapas posteriores ». Las evidencias de esa convención del relleno parcial por haces de líneas no son muy numerosas: se concentran especialmente en yacimientos cantábricos, tanto en piezas muebles como en el arte rupestre.

En el arte mueble existe una serie de omoplatos de ciervo recogidos en estratos del Solutrense avanzado y, probablemente, del Magdaleniense III en Altamira y Castillo (figura 3). Se habían publicado por Cartailhac-Breuil (1906: figs. 203.1, 203.5 y 204) las de Altamira y por Breuil-Obermaier (1912: 13) la del Castillo; se recopilan en I. Barandiarán (1973: pp. 69-71, 106-107). En esas placas óseas se grabaron finas figuras de animales (casi exclusivamente ciervas; hay parte de las extremidades inferiores de un bisonte, asociado a una cierva, en una de Altamira: vid. figura 3:2), con partes del cuerpo (parte del pecho y zona inferior de la cara) rellenas por haces de sombreado. Breuil y Obermaier citaron (1912: 13) « numerosos grabados en omoplatos representando especialmente cabezas de ciervos »: desde su hallazgo en 1910-1914 hasta hace escasos años esa colección había estado conservada en el Institut de Paléontologie Humaine (Paris); depositada ahora en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid), se trabaja en su estudio y reproducción.

En el arte rupestre parietal se ha apreciado tradicionalmente el mismo modo expresivo en Altamira (vid. fig. 4:1,3,4: cabezas de ciervas) (Cartailhac-Breuil 1906: pp. 46 . . .; Breuil-Obermaier 1935: pp. 77-91) y en Castillo (fig. 4:2) (Alcalde del Rio-Breuil-Sierra 1912: pp. 168-173, figs. 164, 166, 167, 168, 169; González Echegaray-Moure 1970).

Recientemente se ha descrito una nueva figura de ese mismo tipo en un yacimiento bastante alejado, la cueva de Alkerdi al Norte de Navarra (I. Barandiarán 1974: 36-39). Se trata de un ciervo incompleto, grabado con trazos muy finos sobre un soporte estalagmítico. Su contorno (vid. fig. 4:5) se ha repasado, en tanto que se rellenó parcialmente la parte inferior de su cara y el arranque de su pecho.

Otro caso muy interesante de la misma modalidad técnica-expresiva se aprecia en la cueva de Les Pedroses (El Carmen, junto a Ribadesella), en Asturias. Está siendo estudiada por F. Jordá: quien ofreció un avance en el Curso de la « Universidad Menéndez Pelayo », de Santander (en julio 1976). En Pedroses se produce una superposición de figuras parietales en dos momentos diferenciados. En su fase más antigua (fig. 5) se grabaron una



Fig. 5. Representación grabada de un Bóvido (probable bisonte), a la izquierda, y cérvidos en la « fase I » del arte parietal de Les Pedroses (Asturias). (Según F. Jordá 1976).

figura de bóvido a la izquierda y varias de cérvidos (figuras incompletas de ciervas, según F. Jordá) con trazos múltiples de contorno y el bóvido con relleno por estriado en su parte ventral; sobre ellas se pintaron otras figuras en rojo, color con el que se ha rellendo y modelado el interior de los animales. Según Jordá, siendo estas pinturas de tinta plana de fines del Solutrense o de comienzos del Magdaleniense, aquellos grabados a los que se superponen habrán de datarse muy poco antes de aquella época. El bóvido tratado en Pedroses con ese grabado en haces de relleno parcial sería para Jordá un toro. Creemos nosotros que se trata de un bisonte: pues, a pesar de la extrema esbeltez de sus patas, el perfil general de su cuerpo, el trazado de su rabo (que es de tamaño medio) y la misma delineación de su cuarto trasero (piénsese en bien seguros bisontes de Santimamiñe o de Altxerri) abogan por su atribución al *Bison*.

Así el ejemplar de Rascaño se inserta en un área precisa del arte paleolítico cantábrico que para la convención señalada del sombreado parcial tendría sus manifestaciones muebles centradas en la provincia de Santander (Altamira, Castillo, Rascaño), en tanto que en lo parietal se encuentra de extremo a extremo de la zona (de Alkerdi a Pedroses hay casi 300 km. de distancia; además Castillo y Altamira).

Por su temática se puede afirmar que esa convención expresiva es casi exclusiva de las representaciones de ciervas; como excepción se señalan casos particulares de ciervos (arte parietal de Altamira y de Alkerdi) y de bisontes (arte parietal de Les Pedroses; arte mueble de Altamira y Rascaño).

Con reservas podemos pensar que el omóplato descrito de Rascaño procedería del nivel 5 (Magdaleniense cantábrico antiguo, de fase muy arcaica) o del 4 (Magdaleniense cantábrico antiguo).

3. Colgante decorado sobre costilla.

Está siglado como Ra. VIIIID. 45. 1. Se encontró, como la pieza anterior, al retirar masas revueltas que cubrían la estratigrafía intacta del Rascaño. Por la ligera película estalagmítica que lo cubría completamente (similar a la encontrada en algunos otros utensilios óseos recogidos en zonas intactas) se puede pensar que procediera de la parte superior del nivel 2 (substrato 2.2 ó, más probablemente, 2.1) que se ha de datar en un Magdaleniense superior o final (más o menos en el VI de la clasificación de Breuil).

El colgante (Lám. X, A, por ambas caras; en la Lám. X, B un detalle, ampliado, de su modo decorativo en el anverso) se fabricó aprovechando una costilla animal (de especie aún no determinada). Rota de antiguo, mide el trozo encontrado unos 110 milímetros de longitud, con una anchura que oscila entre los 22 y los 26 mm. La costilla fue acondicionada, desbastándole ligeramente su extremo proximal que quedó redondeado y dotándola de una perforación: en forma de ojal por su anverso, o cara externa, y simplemente ovalada por su reverso. Su decoración se ejecutó con un instrumento lítico de punta fuerte: consiste en surco unilineal limpio y profundo (no ancho) al que de trecho en trecho se adosan trazos muy cortos (casi puntuaciones). Esta técnica decorativa peculiar de los trazos rectilíneos con puntuaciones adosadas se utiliza en el colgante del Rascaño para formar « temas » decorativos — probablemente signos de difícil interpretación — cerrados. Se constituyen como figuras alargadas — cerradas en sus extremos — que constan de tres líneas paralelas: cuyas dos externas reciben sendas series de puntuaciones adosadas hacia el exterior de la figura completa. Esos temas se disponen longitudinalmente a ambos lados del colgante (dos por cada cara). En la cara interna del colgante comienza (está incompleta, por rotura) un trazo único lineal con puntuaciones adosadas a ambos lados.

Este particular modo decorativo se conocía ya en tres piezas fragmentarias, también colgantes al parecer, encontradas en la Cueva de La Chora (San Pantaleón de Aras, Santander), en estratos del Magdaleniense final (VI a según sus excavadores): « pequeñas placas de hueso o fragmentos de espátulas con grabados de líneas horizontales y pequeños puntos sobre ellas » (González Echegaray-García Guinea et alii 1963: pp. 37, y figuras XXIII: 1, 2, 3) (recopiladas en I. Barandiarán 1973: 112). Las tres piezas son de escaso espesor y se hallan grabadas con nitidez (véanse en la lám. XI dos de ellas). La mejor conservada (lám. XI, a la izquierda posee restos de su perforación en un extremo: pudo tener, completa, forma de elipse o de triángulo cuya base se hallara en el extremo junto a la perforación y cuyos lados largos (formando un isósceles alto) se curvaran un tanto. Longitu-

dinalmente se halla recorrido este colgante por temas muy similares a los del de Rascaño: líneas de cuatro en cuatro a cuyas externas se adosan — hacia el exterior — los conocidos puntos o trazos cortos. En este colgante de la lám. X a la izquierda la decoración, igual que en el fotografiado de Rascano, se da en ambas caras.

En otro yacimiento santanderino, la cueva del Piélago (en Mirones), se encontró en las excavaciones de 1968–69 « un pequeño colgante de hueso con decoración de líneas verticales puntuadas » (García Guinea 1975: pág. 192): por su reproducción fotográfica (no se ha publicado la memoria detallada de aquellas excavaciones) se aprecia un objeto, de unos 3,5 cm. de largo, de sección aplanada y forma aproximadamente rectangular. Su decoración se dispone en tres temas longitudinales: esos temas — como en Rascaño y en La Chora — tienen 4, 3 y 4 líneas paralelas de las que las externas van flanqueadas por las citadas puntuaciones. El colgante del Piélago procede de un estrato del Aziliense.

J. Fernández Tresguerres nos comunica que ha encontrado recientemente en el Aziliense de la Cueva de los Azules (Asturias) una pieza en todo muy similar a esta de Rascaño.

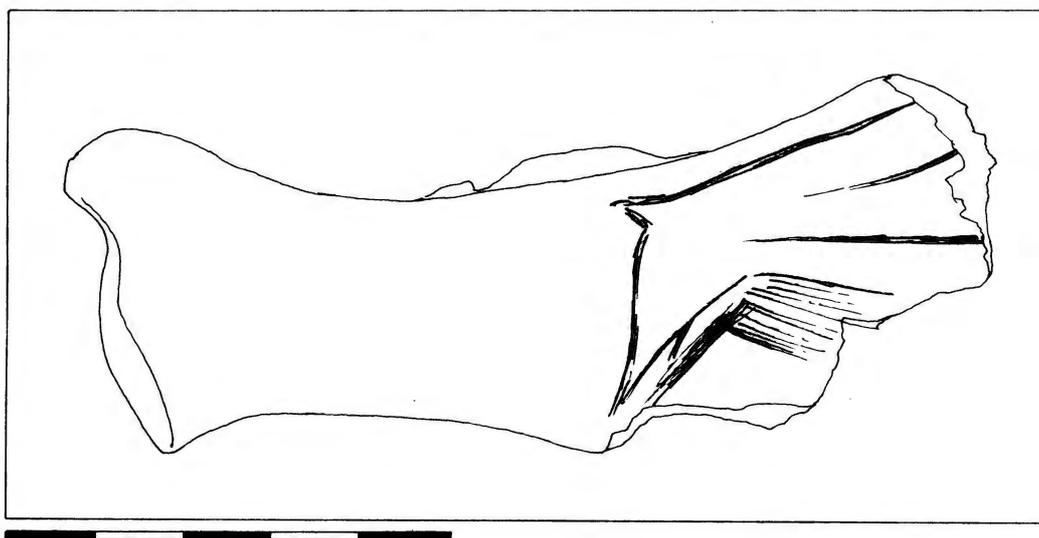
En el Pirineo francés conocemos un objeto con decoración similar a la que nos ocupa: procede del nivel C de la cueva de Gouërris (en Lespugue) y se dataría, con dudas, en el Magdaleniense IV (R. de Saint-Périer 1927: pág. 270, fig. 17.2).

En resumen, que el colgante del Rascano se corresponde exactamente con una técnica y con un modo decorativos que se asocian siempre a colgantes óseos. Su cronología se precisa en el Tardiglaciario (Magdaleniense final y Aziliense) y supone una « moda » que se extiende por una zona muy reducida de la Cornisa Cantábrica con sus exponentes en el valle de Aras (cueva de La Chora) y en el del Miera (El Piélago, El Rascaño). Los tres yacimientos, no separados los extremos por más de 18 km. en línea recta, se sitúan en el tercio oriental de la provincia de Santander. La profunda similitud de los temas y técnica en el caso de estos colgantes nos fuerzan a insistir en una idea anteriormente expuesta (I. Barandiarán 1975: 173–174): en la existencia « en el arte cantábrico de diversas peculiaridades locales, tanto en los temas que se prefieren como en las técnicas que se emplean o las convenciones estilísticas que dominan. En casos excepcionales se pueden apuntar fuertes coincidencias, como para pensar que las produjeron las mismas manos, entre obras muebles procedentes de estaciones apartadas: así entre algunas de Morín y Valle del Magdaleniense avanzado, entre los bastones de Valle y Pendo, o entre los omoplatos grabados de Altamira y Castillo ».

Bibliografía citada en el texto

- ALCALDE DEL RIO, H.—BREUIL, H.—SIERRA, L.: *Les Cavernes de la region cantabrique*, Monaco 1912.
- BARANDIARAN, I.: *Arte mueble del Paleolítico cantábrico*, Zaragoza 1973.
- Arte paleolítico en Navarra. Las cuevas de Urdax (Príncipe de Viana n° 134–135, Pamplona 1974: pp. 9–47).
- El arte mobiliario cantábrico (La Prehistoria en La Cornisa Cantábrica, Santander 1975: pp. 121–174).
- BREUIL, H.: *L'évolution de l'art pariétal des cavernes de l'âge du renne* (Congres International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique, Monaco 1906: pp. 367–387).
- Four Hundred Centuries of Cave Art, Montignac 1952.
- BREUIL, H. — OBERMAIER, H.: *Les premiers travaux de l'Institut de Paléontologie Humaine* (L'Anthropologie XXXIII, Paris 1912: pp. 1–27).
- The Cave of Altamira at Santillana del Mar (Spain), Madrid 1935.
- CARBALLO, J.: *Prehistoria Universal y especial de España*, Madrid 1924.
- CARTAILHAC, E.—BREUIL, H.: *La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander* (Espagne), Monaco 1906.
- GARCIA GUINEA, M. A.: *El Mesolítico en Cantabria* (La Prehistoria en La Cornisa Cantábrica, Santander 1975: pp. 175–197).
- GONZALEZ ECHEGARAY, J.: *La estratigrafía del yacimiento tardiglaciario de la cueva del Rascaño* (Santander) (Colloque International sur les Temps du Tardiglaciario en Europe, Bordeaux 1977: en prensa).
- GONZALEZ ECHEGARAY, J.—GARCIA GUINEA, M. A.—BEGINES, A.—MADARIAGA, B.: *Cueva de La Chora* (Santander) (Excavaciones Arqueológicas en España n° 26, Madrid 1963).
- GONZALEZ ECHEGARAY, J.—MOURE, J. A.: *Figuras rupestres inéditas en la cueva del Castillo* (Puente Viesgo, Santander) (Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, n° XXXVI, Valladolid 1970: pp. —
- GRAZIOSI, P.: *Palaeolithic Art*, Londres 1960.

- JORDA, F.: Notas sobre técnicas y cronología del arte rupestre paleolítico de España (Speleon n° VI, Oviedo 1956: pp. 197-224).
- Sobre técnicas, temas y etapas del arte paleolítico de la región cantábrica (Zephyrus n° XV, Salamanca 1964: pp. 5-25).
- El arte rupestre paleolítico de la región cantábrica: nueva secuencia cronológico-cultural (Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara, Chicago 1964: pp. 47-81).
- LAMING-EMPERAIRE, A.: La signification de l'art rupestre paléolithique, Paris 1962.
- LEROI-GOURHAN, A.: Préhistoire de l'Art Occidental (1ª ed.) Paris 1965.
- OBERMAIER, H.: Escultura cuaternaria de la cueva del Rascaño (Santander) (Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia Etnologia i Prehistoria, n° I, Barcelona 1923: pp. 7-14).
- El Hombre Fósil (2ª ed.), Madrid 1925.
- RIPOLL, E.: Problemas cronológicos del arte paleolítico (Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara, Chicago 1964: pp. 83-100).
- SAINT-PÉRIER, R. de: La grotte de Gouërris à Lespugue (L'Anthropologie n° XXXVII, Paris 1927: pp. 233-276).
- UTRILLA, P.: Las industrias del Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica, Zaragoza 1976.



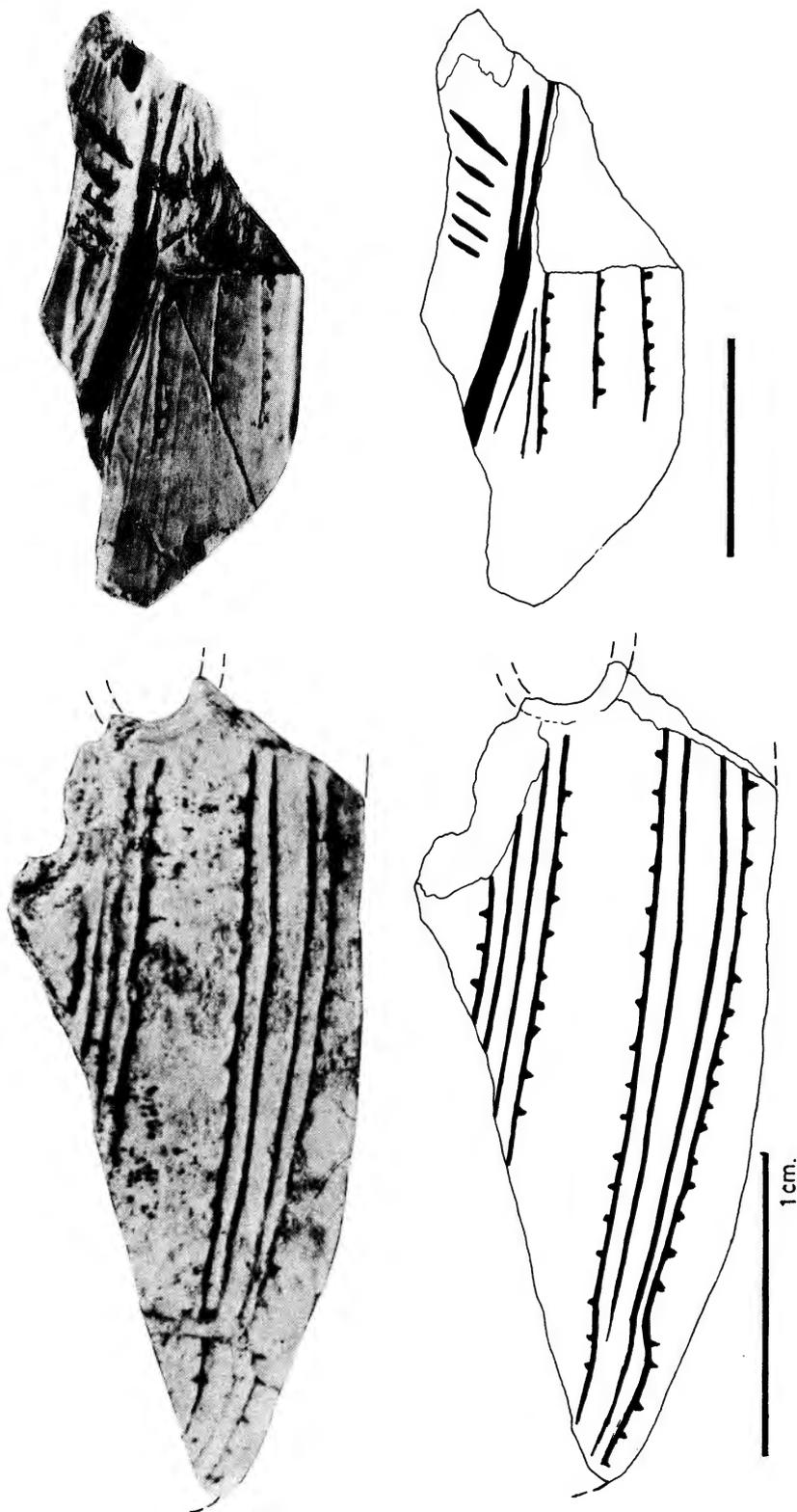
Fotografía del omóplato con grabado de animal. Rascaño 1974.



A. Colgante sobre costilla del Rascaño 1974.



B. Detalle decorativo de la figura anterior.



Dos colgantes de la cueva de La Chora (Santander) : del Magdaleniense VI. (fotografía cortesía del Museo de Prehistoria de Santander).